

CAPITULO XI

COMPLEXION Y CARÁCTER DE SAN IGNACIO

Pocos hombres llaman hoy tan vivamente la general atencion como San Ignacio de Loyola. Representante de la idea católica en toda su fuerza y reorganizador de la reaccion en todo el Universo, las cóleras de unos y las adhesiones de otros le han convertido en una especie de ideal, ajeno á las realidades vivas de la historia, y transfigurado en los arreboles fantásticos de la leyenda. Por consiguiente, difícil, difícilísimo avalorar hoy, entre las críticas exageradas de unos y las alabanzas todavía mas exageradas de otros, la verdadera complexion que Ignacio recibió de la naturaleza y el verdadero ministerio que Ignacio representó en el mundo. Sus discípulos, sus biógrafos ortodoxos, los que, alzando su personalidad sobre todas las cosas del mundo, alzaban al mismo tiempo la Compañía de Jesus y la reaccion hácia el ideal ultramontano, le pintan como un santo verdadero, dotado por Dios vivo del don de los milagros; mientras que los libre pensadores, los perseguidos por las furias que su doctrina desencadenara, los atormentados en los potros que su Sociedad apercibiera, tiénenle por el Arihman persa, ó sea por el genio de la destruccion y de la perversidad. Entre ambas exageraciones ha de colocarse aquel que quiera dar una idea justa del carácter psicológico y del ministerio histórico en el taumaturgo San Ignacio.

Pertenece indudablemente Ignacio á la categoría de aquellos que han dado en llamar hoy las gentes misteriosos genios. No se me oculta que de antiguo, en lengua castellana, genio ha querido decir tanto como el humor permanente de una persona. Dícese, por regla general en castellano, que uno está de buen

ó mal humor, y que uno tiene buen ó mal genio, para indicar en el primer caso un estado del alma y en el segundo caso una propension característica, general, duradera, continua. Pero no es tal hoy la genuina y constante acepcion de genio. Entiéndese por tal aquella virtud que, dando á un hombre aptitudes extraordinarias, le alza en sus poderosas alas sobre la medida del nivel comun, y le da influjo en el movimiento del trabajo, del arte, del saber, de cualquier manifestacion espiritual y social. Llamaban genios los pueblos clásicos á los séres sobrenaturales inspiradores de alguna virtud ó de alguna idea. La fuerza, que impulsa las aguas; la savia, que corre por los árboles; el aroma, que guardan las flores; la idea, que brilla como una lengua de fuego sobre la cabeza del filósofo; la inspiracion, que anima toda verdadera obra de arte, atribúanse á las sobrenaturales virtudes y á la sugestion especial de un genio, como nosotros los educados en el Catecismo creemos que los espacios todos, no solo están llenos de astros rutilantes que mandan su calor, su luz, su magnetismo y su electricidad por las esferas infinitas, sino tambien de ángeles invisibles, pero efectivos y reales, que traen á las criaturas las inspiraciones del Criador. En los tiempos clásicos nuestros teníase por genio la virtud excelsa característica de un hombre intelectualmente, y que lo distingue y separa de los demás hombres. Nada mas fácil que hallar en nuestra lengua frases como ésta, citada por el diccionario de autoridades: «cultivando el genio excelente que le dió el cielo con las artes estudiosas que le proporciona el cuidado de sus maestros.» Nuestro diccionario acepta ya por genio el talento de primer orden que tiene la facultad de crear, inventar ó combinar cosas extraordinarias, Corriente y vulgarizada esta opinion, podemos decir sin daño de la propiedad del lenguaje, que San Ignacio de Loyola era un verdadero genio.

A no dudarlo, el genio se parece al organismo. Y se parece al organismo en que tiene varias facultades subordinadas á una facultad superior; de igual guisa que tienen los organismos, á su vez, muchos órganos subordinados á su pristina unidad. No quiere decir esto que todas las facultades se hallen por igual equilibradas en los hombres por nosotros reconocidos y proclamados como verdaderos genios. Bien al revés; el genio se muestra muchas veces en irremediables defectos. Pascal, con su felicidad en la expresion, decia que los hombres superiores tienen la cabeza mas alta, pero tambien los piés mas ba-

jos que los demás mortales. Y en efecto, cuando uno de estos ingenios soberanos despliega sus alas, ningun ave del cielo vuela tan alto y tan léjos; mientras que si pliega sus alas, ningun reptil del polvo se arrastra tanto y por tan bajo. Quien ha dicho que los hombres superiores van por el mundo como sonámbulos, ha hecho y apuntado una observacion verdaderamente luminosa y exacta. Mirad á cualquiera de esos infelices que se mueven como si estuvieran despiertos durante un pesado sueño, y que no ven ni los obstáculos, ni los abismos del camino, pasando muchas veces por sitios peligrosos, los cuales no atravesaran de tener abierta la vista y sereno el entendimiento. A nadie puede atribuírsele tanto, á ningun genio, este parecido con el sonambulismo, como al genio de San Ignacio. Una idea fija tiene su mente, cual acontece á los sonámbulos. Cerrados los ojos para todo aquello que no sea su idea interior, ni siquiera ve cuanto á esta idea se opone. Y precisa que no lo vea, pues si llegara por acaso á descubrir que ni los libros de caballería, ni las vidas de los santos se cumplen aquí en la tierra, de seguro mil veces hubiera desistido de su obra, y faltando á su vocacion, mil veces desertara de su providencial ministerio sin cumplir su extraordinario destino. Hay en el genio algo de indeliberado y de inconsciente. Cada uno de estos extraordinarios hombres que renuevan la vida é impulsan la sociedad por nuevos caminos y hácia horizontes nuevos, tiene dentro de sí un fin concreto é individual que dirige su albedrío, y un fin secular y humanitario que sobrepaja muchas veces al propio deseo y al propio pensamiento. San Ignacio queria servir á Cristo, al genio de la luz, al capitan del bien, al Redentor de la humanidad; é ignoraba que su obra personal, su obra de reaccion y de muerte, obra triste y sombría, promoviendo la reaccion religiosa, promovia la reaccion universal; y promoviendo la reaccion universal contrariaba las consecuencias políticas y sociales de la obra de Cristo.

Esto prueba, despues de todo, que á nadie le es dado en el mundo impedir las conclusiones naturales encerradas en sus ideas; ni contrariar la inmanencia de sus acciones en el tiempo y en la historia. Indudablemente Ignacio perteneció, por su sangre, á una raza entonces dispuesta de suyo á dar hombres de aquel temple. Los vascos, por los ejercicios militares, por las expediciones lejanas, por las libertades históricas, hallábanse, á fines del siglo déci-

móquinto, en aptitud necesaria para producir el mas grande genio organizador que han conocido los siglos. Por causa y razon de la debilidad de nuestra naturaleza, estúdiase mas la enfermedad que la salud, mas el vicio que las virtudes, mas la demencia que el genio. Mientras hay muchos libros consagrados á escudriñar los achaques propios de un desarreglo mental, hay pocos libros consagrados á estudiar las facultades y aptitudes verdaderas de un genio extraordinario. Sabemos todos mas, mucho mas los defectos que las virtudes y calidades del prójimo. ¡Ah! Los montes vascos, las tradiciones históricas, la complexion heredada, inclinaban el genio de San Ignacio con impulsos perpetuos é incontrastables á la milicia y á la guerra. El vasco baja del monte al llano y encuentra, despues de sus riscos agrios y bravíos, las ondas del Cantábrico encrespadas y bravías tambien como los riscos. La naturaleza le mueve al combate. Pero dejaria de ser vasco, si este combate audaz y porfiado se dirigiera y empleara en favor de las fuerzas misteriosas, que impulsan la sociedad hácia adelante. El vasco es, por su ministerio histórico, el soldado conservador de ideas, tradiciones é ídolos. El ha defendido su tribu contra la fatalidad representada por la diosa Roma y por sus conquistadores ejércitos, mas que ningun otro pueblo; y guardará contra la dominacion política de la Roma antigua y contra la dominacion religiosa de la Roma católica, mas que ningun otro pueblo, sus antiguos dioses, como guarda su primitiva lengua. Pero, así que admite la soberanía católica de Roma, el vasco se adhiere á Roma, como ningun romano, de igual suerte que se adhiere á sus viejas tradiciones y creencias. Por consiguiente, Ignacio, como buen vasco, ha de ser un gran militar, y un militar conservador de las viejas ideas y de las antiguas tradiciones.

Y no solamente le convidaba para tal ministerio la milicia, convidábale tambien la condicion del tiempo en que naciera. Nunca la sociedad humana se vió tan subvertida como al concluirse los siglos de la Edad media é iniciarse los siglos de la edad moderna. Por un lado se defendia el feudalismo con tenaz defensa; y por otro lado se fundaban los Estados modernos con verdadero empuje. La monarquía iba naciendo del seno de las guerras feudales, y forjándose á la temperatura extraordinaria de una tempestad horrosa. Para conseguir la unidad del Estado contra el fraccionamiento feudal

buscábanse por todos los medios posibles, y á sangre y fuego, otras unidades importantísimas. Los pueblos se unian y sumaban, produciendo grandes aglomeraciones. Los Estados, particulares y varios, se resolvian en supremo Estado central. Fundábase y extendíase la Inquisicion para que las creencias contradictorias no turbasen la uniformidad suprema del Estado. Apoderábase la monarquía de las órdenes militares y fundaba el ejército permanente y regular. Las guerras con los moros tenian por objeto, mas que la conquista del infiel, la sumision del noble á la suprema inflexible autoridad del rey. Resistíanse los elementos feudales á obra de tanta trascendencia; y al resistirse vomitaban la guerra sobre todas las regiones de nuestra península en particular, y sobre todas las regiones en general de nuestra Europa. Los tiempos últimos del cuarto Enrique y los tiempos primeros de Isabel y Fernando se distinguen por su carácter anárquico. Aquí la oligarquía de los nobles; allí las guerras entre los bandos de los municipios; acullá la intervencion de naciones extrañas, como Portugal y Francia, con sus armas en el estado interior de nuestros reinos; por todas partes el feudalismo militar en su agonía y el principio monárquico en su robustez dispuestos á un combate sin medida y sin tregua. Imaginaos un jóven, que ha visto el huracan desatarse por la superficie del océano cantábrico, y herir las frentes graníticas de las montañas patrias; y luego para calmar esta natural inquietud, recogida en su infancia, imagináoslo dejando el hogar paterno y yendo nada menos que á la corte sita en Granada, y resuelta con supremas resoluciones á una batalla incesante que moverá la sangre y el espíritu de todos cuantos la compongan ó la sigan. En una como la corte de los reyes católicos, donde apenas se han acabado las guerras de Granada, cuando comienzan las guerras de Italia y Francia, no hay espacio mas que para la guerra, verdadera generadora de aquellos hombres singulares, entre los que descollaba San Ignacio. Si las tempestades que mecieran la cuna flotante del escandínavo, entregado á las aguas y á sus tumultuosos oleajes, ha de conocerse por fuerza en genio tal como el genio de Byron, cuánto mas no se conocerá el vasco, y el vasco nacido á fines del siglo décimoquinto, educado por la Vega de Granada y á la hora de su reciente reconquista, en genio tal como el genio de Loyola!

Despues, no debemos olvidar que sus padres juntaron en el mismo lecho

largas y antiguas enemistades históricas. La familia paterna y la familia materna de Ignacio fueron como aquellos güelfos y gibelinos de Italia, blancos y negros de Florencia, Capuletos y Montecos de Shakespeare, que batallaban en vida, y aun despues de muertos, en los senos tranquilos del sepulcro y en los abismos insondables de la eternidad. Los dos valles de Azpeitia y Azcoitia, encabezados por la familia paterna y materna del Santo, habian combatido en combates seculares con igual encarnizamiento que moros y cristianos. Tales combates habian cesado tan solo por el matrimonio aristocrático de que naciera San Ignacio. Por consiguiente la lucha en su naturaleza, la lucha en su prosapia, la lucha en su tierra, la lucha en su historia, debian hacer del taumaturgo un guerrero incansable, sin mas vocacion verdadera ni mas ejercicio continuo que las vocaciones y los ejercicios militares. Era pues Ignacio de Loyola un gran general y nada mas que un gran general. Tenia para tal oficio con el genio supremo de la organizacion el genio supremo de la imperante autoridad. Sabia mandar como sabia organizar. Y como tenia el genio supremo de la autoridad, importábale mucho que los demás tuviesen á su vez la invencible propension á la obediencia. Para quien solo trata de mandar, impórtale mucho que los demás solo traten de obedecer y de servir. Así pensaba con profunda reflexion en unir á la virtud del mando arriba, la virtud abajo de la sumision y de la obediencia. Luego, su táctica y su estrategia, en que por tanto entraban el disimulo y la perfidia, cualidades eran tambien de general y de general imperioso. Al morir el feudalismo, esencialmente militar; y al nacer las monarquías modernas, guerreras por fuerza en sus comienzos; al destruirse las mesnadas y hermandades para fundarse los ejércitos disciplinados y permanentes; nació en Loyola un grande y extraordinario general, con aptitudes grandes y extraordinarias tambien para la guerra; como el desprecio de la vida, el valor á toda prueba, el empuje y audacia naturales en quien está organizado para los combates, el don de mando, el genio de la organizacion, el disimulo propio de la estrategia y de la táctica, todo lo que constituye la verdadera vocacion militar y da los grandes guerreros á la historia. Por mucho que sea nuestro culto á la libertad, por mucho que dilatemos y extendamos el radio de la responsabilidad individual, no podemos desconocer que así como hay ciertas especies en el planeta, hay almas dotadas